que no lo olvidaré, y otra persona también te lo tendrá en cuenta... ¡Oh, te quiere! Te lo he dicho, y tú no podrás impedir que ella te lo pruebe... Ha soportado tus sofiones, y los seguirá soportando... ¡Acabarás por juzgarla mejor!... Y como tienes corazón y talento, la tratarás como merece serlo.

Ester escuchaba á su padre, impasible. No dijo ni sí ni no. Habría querido muy sinceramente creer en lo que le decía Nuño. Habría dado mucho por estar segura de la honradez, de la probidad de Manuela. Pero en el fondo de su alma se alzaba una protesta, y no podía impedirse el temer á la joven, el suponerla hasta más peligrosa aún de lo que se había mostrado hasta aquel día.

Nuño, ante aquel silencio de Ester, se figuró que vacilaba, que se doblegaba, y que con otro pequeño ataque la arrastraría. Y dijo:

—¡Y bien! ¿Y ese pobre Brucken?...

Estremecióse la joven tan vivamente, que comprendió que se había engañado, y para evitar una negativa nueva, definitiva, se apresuró á decir:

—¡No! No respondas. Reflexiona... Aplaza tu decisión... Y dentro de ocho días, de quince, si es menester, haré lo que quieras... Pero, al menos, me habrás dado una prueba de buena voluntad... ¿Está convenido?

Ester lo besó con ternura, porque lo amaba á despecho de sus extravíos y de sus debilidades. Asomaron de nuevo á sus ojos las lágrimas, y, sintiendo que iba á estallar otra vez en sollozos, hizo con la mano una señal que Nuño pudo tomar por aquiescencia, y corriendo se dirigió hacia el castillo.

IX

Con las tijeras de podar en la mano, paseaba el marqués de Pont-Croix por su jardín lleno de rosas, una mañana á cosa de las once, cuando el trote corto de un caballo, á lo largo del muro que bordeaba el camino, le hizo levantar la cabeza.

Delante de la verja de la Encomienda acababa de detenerse una amazona, y, bajo su sombrerito, brillaban los ojos negros de la Sra. del Peral.

Clemente seguía asombrado, cuando la joven, alzando su *stick*, hirió con el puño la campana de la puerta, y gritó con alegre voz:

—¿Quiere usted abrir, caballero?

—¿Cómo, condesa, es usted?—dijo Clemente.

—Sí, marqués, yo soy,—contestó ella riendo.—Al menos, lo parece.

Celestino se apresuraba á abrir la puerta. La joven entró á caballo, y deteniéndose al pie de la escalinata:

—¿Quiere usted hacerme el favor de ofrecer la mano á mi pie?—preguntó.

Antes de que hiciese un movimiento, Clemente la había cogido por la cintura y puesto en el suelo.

Celestino se llevó el caballo.

—¡Sigue usted teniendo buenos puños!—dijo Manuela arreglándose la falda.—Vaya, veo que le sorprende á usted verme: ¿no le había ofrecido mi visita?...

—No estoy sorprendido, condesa,—contestó Clemente con tranquilidad:—estoy transportado.

—Pues no lo parece. Anímese usted un poco, si quiere que le crea... Y estoy dispuesta á ello, no lo dude usted.

Recorrían el jardín bromeando, ella azotando las ramas con la punta de su *stick*, él pensando. «¿Qué diablos viene á hacer aquí?»

—Tiene usted hermosas flores, marqués. ¿Las cultiva usted mismo?

—No; me limito á cogerlas.

Al mismo tiempo ofrecía á la joven una crisantema enorme.

—¡Es usted muy amable! ¡Esta vale todo un ramo!

Se la puso en el pecho, y mirando el jardín, que bajaba en suave pendiente hacia el Marne, bien dibujado, elegante, misterioso con sus calles en revueltas, dijo:

—Es encantadora su residencia. Comprendo que esté usted á gusto. La casa es muy agradable; se diría que es un *cottage* inglés... ¿Es tan bonita por dentro?

—Voy á enseñársela.

—Eso es. He venido para verlo todo.

Subieron la escalinata, y cuando entraban en el vestíbulo, la perra blanca y negra, saliendo bruscamente, se lanzó ladrando con furor. Clemente

quiso hacerle callar; pero el animal, con el pelo erizado, la mirada feroz, daba vueltas alrededor de Manuela gruñendo.

—¿Es mala esta perra?—preguntó la condesa alargando no sin precaución, su guante á Meta.

—No comprendo su hostilidad: de ordinario es muy amable.

—Es que no he tenido el honor de agradarle,—dijo Manuela con una sonrisa forzada.

Clemente abrió una puerta y echó al animal.

La condesa y él penetraron en el saloncito, muy severo, con sus artesonados de vieja encina, sus papeleras Enrique II, y sus paredes cubiertas de tapices antiguos.

Por una ancha puerta, abrigada por una *portière* de seda á la italiana, la alcoba, muy clara, mostraba sus muebles Luis XVI de filetes de cobre y sus espejos de marcos dorados.

Un fino olor, en que el chipre se mezcla á un ligero aroma de tabaco turco, flotaba en el aire, elegante y suave.

Las alfombras eran blandas y sordas. Una calma perfecta reinaba en aquel interior, á la vez serio y coquetón. La Sra. del Peral miró alrededor con placer.

—He aquí la morada que debía ser la de usted; y en cualquier situación que se encuentre, sabe usted dar á las cosas que le rodean la forma y el estilo que les conviene mejor. Si me hubieran traído con los ojos vendados, y después, devolviéndome la vista, me hubieran preguntado en dónde estaba, habría contestado que en su casa de usted.

—Porque está colgado en la pared mi retrato,—dijo Clemente riendo.

—No, seriamente. Tiene usted un gusto propio, y que, los que lo conocen bien, encuentran en todo lo que le pertenece... Rico ó arruinado, usted será siempre un gran señor... Esto es de nacimiento, y no se puede adquirir.

Arrojó su *stick* sobre una mesa, se acercó á un antiguo espejo de Venecia, y se quitó el sombrero; luego, sentándose en una butaca, echó en derredor suyo miradas encantadas.

—Estoy contenta de encontrarme aquí... Esto me rejuvenece...

—¿Tiene usted necesidad de ello?

—¿Sabe usted que tengo veintiséis años?

—Sí, lo sé; pero me cuesta trabajo creerlo.

—Es verdad, no los aparento... Pero venga usted aquí... bien cerca.

Lo atrajo á un escabel, cerca de su falda, y echada hacia atrás, mirándolo de alto, lo que daba á sus ojos un brillo cuyo poder conocía:

—Hace dieciocho meses lo menos que no nos hemos visto como estamos ahora: solos y pudiendo hablar libremente... ¿Ha tenido usted durante este tiempo un minuto de pesar?...

—Un minuto, ¿condesa? ¡Diga usted horas, meses! ¡El cambio ha sido para mí bastante completo!... Y á menos de tener un alma estoica, lo cual no me sucede...

—¡Vamos! No se haga usted el tonto, Clemente, —dijo la joven con una encantadora sonrisa;—ya sabe usted muy bien que no le hablo de su ruina, sino de nuestra separación... Yo no la he olvidado nunca.

—Sin embargo, no han sido consuelos lo que le ha faltado...

—Es preciso creer que eran insuficientes...

—¡Me confunde usted!

—¿Se ha hecho usted muy modesto en su Tebaida?

—¡No es posible imaginarse cuán desconfiado vuelve la soledad!

El pie encantador de Manuela, moldeado en una fina bota charolada, se agitó con impaciencia.

La mirada de la joven, fija ahora en el techo, parecía contar los arambeles de una araña de cristal de roca, cuyas facetas devolvían la luz en chispas de fuego.

Clemente, muy preocupado, se decía: «¿Qué quiere? ¿Qué viene á buscar aquí? Tiene un objeto, esto es seguro. No es mujer para obrar sin razón, y si está sentada en mi salón recordando el pasado con singular coquetería, sin duda se propone algo. Veámosla venir, y llevemos cuidado.»

El sonido de una campana sacó á Manuela de su meditación; se levantó vivamente, y dijo:

—Probablemente le llamarán á usted á almorzar. Sí, son las doce menos cuarto...

Al hablar así, no hacía movimiento para coger su sombrero, y miraba un cuadro, con el aire de una persona que no tiene ganas de irse.

—Voy á llegar muy tarde á la Chevrolière,—dijo.

—Pues bien condesa, no llegue usted de ningún modo, y quédese á almorzar conmigo.

Esto era, sin duda, lo que ella deseaba, porque se iluminó su rostro, y tendiendo las manos á Clemente, exclamó:

—¡Cómo! ¿Quiere usted que me quede? ¡Qué amable es usted!... La verdad es que no me esperarán... Y, pues usted me invita, me quedo.

—Temo que almuerce usted mal.

—¡Como es posible! En otro tiempo tenía usted una gran cocinera.

—Y la sigo teniendo.

—Entonces, estoy tranquila.

Entraron en el comedor, donde, sobre una mesa cuadrada, estaba puesto un cubierto: mantel bordado, servicio de plata deslumbrador, flores en una jardinera de cristal, y frutas admirables en platos de china antigua.

Manuela tomó ella misma, de un aparador, un plato, una copa, un tenedor y un cuchillo, y acercando una silla, se sentó al lado de Clemente.

Celestino, que entraba con una fuente, se quedó estupefacto al ver á la amazona instalada. Se apresuró á darle una servilleta y pan, y recobrando su impasibilidad, como criado que sabe su obligación, comenzó á servir.

La Sra. del Peral no se picaba de ningún modo de vivir de rocío y de aire puro; tenía un gran apetito y hacía honor á la comida. Sus hermosos dientes blancos funcionaban que era un encanto, y no hacía ascos á una copa de Sauterne.

A despecho de su desconfianza, el marqués no podía dejar de encontrar encantadora la presencia de aquella linda mujer, de ojos brillantes, de finos

labios, de pecho opulento, y que estaba radiante de buen humor. Pensaba que nada reemplaza estos preciosos seres en la existencia, y que, aun teniendo una triple coraza de filosofía, la soledad es, en resumen, una fea cosa á la que es difícil acostumbrarse. Encarnadas las mejillas, la mirada animada, muy expansiva, Manuela hablaba, pero no hablaba al azar. Poco á poco se estrechaba el círculo de su argumentación, y se acercaba al objeto que se había propuesto.

—Esta finca es decididamente muy agradable, y no la comparo con la Chevrolière... Preferiría cien veces vivir aquí... En aquel gran castillo se pierde uno. En su casa de usted se está á gusto. Sí, comprendo que desde luego la conservará usted... Es verdad que la vecindad de su antigua finca debe serle penosa á menudo... Hay encuentros, continuos contactos que recuerdan el pasado... No se debe disparar un tiro al otro lado de sus linderos, sin que se estremezca usted á la idea de que en otro tiempo mandaba usted allí, donde ahora es otro el dueño... El día de la apertura de la caza, yo no pensaba más que en usted y le compadecía con toda mi alma.

—Le doy á usted las gracias,—dijo Clemente:—esa delicadeza de sentimientos no me asombra en usted.

—Esta situación, por lo demás, no es falsa más que por lo que á usted hace, y yo le aseguro que el nuevo propietario de la finca ha deplorado con mucha frecuencia los embarazos que su ocupación suscitaba...

—Permítame usted que no lo compadezca,—insinuó Clemente.

—¡Oh, no trato de enternecerlo á usted!—continuó alegremente Manuela.—Recapitulo solamente las dificultades que resultan de esta especie de antagonismo creado por la vecindad... Usted las conoce tan bien como yo, y estoy convencida de que le hacen sufrir.

Callóse, y dejó errar sus ojos por el paisaje que por el ancho hueco de la ventana se ofrecía á sus miradas. Una barca, tirada por dos caballos, remontaba el Marne, perfilando sobre el cielo la delgada silueta de su mástil. Por el corto tubo que salía por encima de la cámara, se escapaba una ligera humareda, y el hombre del timón, doblado sobre la barra, la mantenía contra la corriente. Los trallazos del carretero, excitando al tiro, resonaban como tiros de escopeta, y en el cielo, una bandada de cuervos pasaba muy alta, cerniéndose bajo el sol.

Clemente se decía mirando á Manuela: «¿Qué interés tiene en tratar de hacerme ver los inconvenientes de mi propiedad?... Después de habérmela elogiado, me la deprecia, como un chalán que se prepara á ofrecer. ¿La querrá Nuño?»

La Sra. del Peral continuó con aire pensativo:

—Me abruma la Chevrolière: aquí viviría muy á gusto. Si alguna vez se deshace usted de su propiedad, avíseme: yo se la compraré.

Clemente sonrió. Tenía horror á los acertijos, y le gustaba penetrar el sentido exacto de las cosas. Hacía una hora que Manuela lo llevaba por una senda, cuyo punto de llegada no descubría. Ahora sabía adónde trataban de llevarlo: comprendía, todo se aclaraba.

—Usted no tiene—dijo—necesidad de mi choza, querida; es usted ama, y será usted señora en el castillo...

Las mejillas de Manuela se tiñeron de púrpura, y, frunciendo los labios:

—¡Quién sabe!... Ester, tan dulce y tan buena hasta hora, se hace terrible y contraría todos los proyectos de su padre: ha rechazado con desprecio la candidatura de Brucken...

—¡Vaya, vaya! ¡Pues eso no es de tontas!

—Y yo creo que me hace una oposición sorda, pero encarnizada... No soy de carácter para dejarme maltratar por esa chiquilla. ¿Sería menester no volver á poner los pies en casa de su padre?... Vea usted hasta qué punto, en tal caso, me vendría bien su pabellón. Clemente dijo con tono sencillote:

—Veamos condesa; ¿qué le parecería yo si la instalase en la Encomienda para que usted hiciera frente á la Srta. Nuño?

—Me parecería usted un buen amigo que no olvida las afecciones antiguas, y sobre todo...

—¿Cómo?... ¿Aun parecería yo algo?

—Sí, y si lo juzgo á usted bien, haría esto por encima de todo.

—¡Veamos, veamos! ¡Excita usted terriblemente mi curiosidad!

—Pues bien: daría usted la prueba cierta de que no hay ninguna connivencia secreta entre usted y Ester.